

Pero temiendo siempre ser reconocido por los mercaderes que volvían de Oriente si se quedaba en las costas de la isla, se fué á un desierto que distaba seis ó siete leguas del mar, en donde cada día hacía un fajo de leña que su discípulo iba á vender por los pueblos para tener pan con ello.

Pero, dice san Jerónimo, la ciudad, según la palabra de Jesucristo, que está edificada sobre una montaña no puede permanecer oculta; y lo mismo sucedió á este siervo de Dios. Un picador ó paje de armas de Roma habiendo sido poseído por el demonio en la iglesia de san Pedro exclamó: « Hilarión siervo de Jesucristo, ha entrado hace pocos días en Sicilia; nadie lo ha conocido aún y él se lisonjea de permanecer allí oculto; pero yo iré y le daré á conocer. » Se fué con sus criados, atravesó el mar, llegó á Pachia, el demonio de que estaba poseído conduciéndole derechito á la puerta de su humilde celda, se postró á sus piés quedando al momento libre.

Este primer milagro que hizo en Sicilia al momento atrajo al rededor de él una multitud de enfermos y de personas piadosas; los unos iban para ser curados y los otros para edificarse. Del número de los primeros fué uno de los principales del país, quien por sus preces recobró la salud el mismo día que fué á verle. Como era muy rico, quiso hacerle presentes que respondiesen á su opulencia; pero Hilarión, rehusándolos, le dijo: *Dad gratuitamente lo que habéis recibido gratuitamente* (Matth. 10). En Sicilia se hizo tan célebre como lo había sido en Palestina; y entre tanto, Hesyquio, su discípulo favorito, lo buscaba por todas partes, y recurría á todos los desiertos con la esperanza de que en cualquier lugar que se hubiese retirado no permanecería oculto, y que por esto podría descubrir el lugar de su retiro. No se engañó; pues, después de haberlo buscado tres años, un Judío que ejercía el oficio de prendero en Metonia, hoy Madón en la Morea, le dijo

que había aparecido en Sicilia un profeta de los cristianos, quien hacía tantos milagros que era tenido por uno de los santos de la antigüedad. Hesyquio quiso preguntarle sobre su hábito, su talla, la lengua que hablaba, y principalmente sobre la edad que tenía; pero él á ninguna pregunta le supo contestar, porque sólo hablaba por el rumor público. Esto no obstante bastó á Hesyquio para determinarse á pasar á Sicilia, en donde al momento todo el mundo le habló de sus prodigios; y sobre todo le refirieron con admiración que haciendo tan gran número de milagros, jamás había querido recibir algo de nadie ni aún un pedazo de pan. No le fué difícil encontrar su celda, pues la afluencia sola de la gente que le visitaba bastaba para hacérsela conocer. Así que vió á san Hilarión arrójose á sus piés con una alegría indecible, y los regó con sus lágrimas. Enseguida supo por Zanán que el Santo aun había resuelto irse á algún país bárbaro donde ni aún su lengua fuese entendida; y él lo condujo á Epidaura en Dalmacia, donde apenas hubo llegado cuando sus milagros también lo descubrieron. Es el caso que una serpiente monstruosa había aparecido en esta comarca, y devoraba no solo á los rebaños si que también á los hombres. El Santo conmovido por esta calamidad, hizo amontonar leña para construir una pira, y después de haber invocado el nombre de Jesucristo ordenó á este horrible dragón que subiera sobre esta pira, á la cual el mismo metió fuego y lo consumió en presencia de todo el pueblo. No habiendo podido su caridad negarse á esta necesidad tan apremiante, él ya no soñó más que en un nuevo retiro; pero fué retardado por un célebre temblor de tierra que entonces sucedió, de que todos los historiadores, tanto eclesiásticos como profanos, han hablado y que colocan al 21 de Julio del año 365. La mar se hinchó horriblemente, y la villa de Epidaura estaba amenazada por una total ruina. Los habitantes recurrieron al

Santo y lo condujeron á la orilla, como para oponerlo á los furoros de las olas. Hizo tres señales de cruz sobre la arena, y extendiendo enseguida las manos hácia la mar, se la vió levantar como una montaña con un ruido espantoso, y después de haber estado algun tiempo suspendida así, retrocedió sobre sí misma. Toda la villa, dice San Jerónimo, aun hoy día da testimonio de esta maravilla, y las madres tienen cuidado de enseñarlo á sus hijos, á fin de que trasmitan su recuerdo á los que vendrán después de ellos.

La virtud de Dios que estaba en Hilarión no cesaba en obrar milagros, é Hilarion temiendo siempre que su corazón fuese tentado de la vanidad por los aplausos que sus prodigios le atraían, se fué de noche en un pequeño bergantin, y dos días después montó en un navío mercante que se dirigía á la isla de Chipre. En el camino encontraron á unos piratas que á todo remo iban á abordar el navío para robarlo. Todos los marineros espantados y consternados se creyeron perdidos y acudieron á sus oraciones. Él se sonrió y volviéndose hacia sus discípulos, les dirigió estas palabras de Jesucristo: « Hombres de poca fe ¿ porque teméis? ¿ Por ventura esas gentes son en mayor número que el ejército de Faraón que Dios ahogó dentro del mar? » Los piratas no estaban más lejos de un tiro de piedra cuando el Santo levantando la mano en contra de ellos dijo: « Que os baste el haber llegado hasta ahí. » Entonces se les vió, por un prodigio inaudito, retroceder á pesar de sus esfuerzos con tanta velocidad como habían ido para abordarlos.

La tranquilidad que se prometía en Chipre sólo duró tres semanas. Los posesos esparcidos en la isla por todas partes anunciaron su llegada. En diferentes villas se les oía gritar: « Hilarión ha venido; debemos apresurarnos á ir á verle! » Él se estaba retirado á tres cuartos de legua

de la antigua ciudad de Pafos de la cual sólo quedaban las ruinas. Muchas personas oyendo los gritos de los posesos decían: « Hemos oído hablar de Hilarión como de un gran servidor de Dios, pero ignoramos el lugar en donde mora. » Bien pronto lo encontraron, y en menos de un mes se vió rodeado casi de doscientas personas, tanto hombres como mujeres. Quedó penetrado de dolor al ver que los demonios no le dejaban gozar de descanso alguno, y como si se hubiese querido vengar de ellos, en menos de una semana los echó todos de los cuerpos de los posesos con la fuerza de sus oraciones.

Aún permaneció dos años en este lugar, pensando con frecuencia donde podría encontrar un asilo en el cual no fuese conocido mas que de Dios. Hesyquio había ido por su orden á Palestina para visitar á los hermanos y ver el estado de su monasterio que los paganos de Gaza habían arruinado. A su regreso supo del Santo el proyecto que había formado de pasar á Egipto en una provincia, en que no hubiese cristianos, y cuyos habitantes fuesen de los más bárbaros, figurándose que allí estaría más escondido que en otra parte cualquiera. Pero Hesyquio habiendo recorrido muchos lugares de la isla encontró uno que le pareció muy propio para satisfacer el deseo del Santo. Estaba á cuatro leguas del mar rodeado de montañas que no podían atravesarse de otra manera que trepando con mucho peligro y pena, y además de esto había muchos árboles muy espesos que robaban su vista. Cuando Hesyquio hubo hecho este descubrimiento, dió aviso al Santo, y le persuadió á que fijara allí su residencia. El Santo fué á reconocer el lugar, y después de haber atravesado las montañas, que encontró tanto más á su gusto cuanto que se presentaban más encrespadas, descubrió un pequeño jardín regado por una agua viva que descendía de una colina, en el cual había muchos árboles fructíferos.

Se quedó, pues, en este lugar. Sozomeno dice que esto fué á persuasión del obispo de Chipre que sin duda era san Epifanio, y que este lugar se llamaba *Cargurín*. San Hilarión había conocido á este santo prelado durante su mansión en la Palestina, donde antes que fuese obispo había profesado la vida monástica; y debemos referir á esta última permanencia aquello que leemos en la *Colección de las palabras y de las acciones notables de los Padres de los desiertos*; á saber: Que san Epifanio un día mandó un recado al abad Hilarión suplicándole que fuera á verle para colouiar mutuamente antes que la muerte los separase. Habiendo ido san Hilarión, como estuvieran en la mesa les presentaron algunos pájaros, y habiéndole san Epifanio servido algunos, este Santo le dijo: « Escusadme, Padre mio, desde que llevo el hábito de solitario nada he comido que tuviera vida. » Y san Epifanio respondió: « Pues yo desde que llevo el mismo hábito, jamás he permitido que nadie se durmiera teniendo alguna cosa en el corazón en contra de mí; lo mismo que yo jamás me he dormido teniendo una cosa que discutir contra otro. » « Perdonadme, Padre mio, replicó Hilarión, la regla que vos observáis es más excelente que la mía. »

Moró cinco años en este lugar que fueron los últimos de su vida; y esta mansión le era muy deliciosa, no tanto por el jardín y los árboles fructíferos que había (pues jamás probó su fruto) como porque contaba vivir allí en mayor soledad, no presumiendo que nadie osara atravesar las barreras de las montañas que la naturaleza había puesto entre este desierto y los lugares habitados. Había no obstante cerca de este jardín las ruinas de un templo muy antiguo, que servía como de refugio á los malignos espíritus, donde sin duda para espantarlo hacían tales estrépitos que se hubiera dicho que había allí todo un ejército reunido. Él los oía y también sus discípulos, pues estos lo

contaban después ; pero este gran hombre que temía en extremo los aplausos del mundo, y que con tanta frecuencia cambiaba de domicilio para evitarlos, despreciaba valeroso los ruidos impotentes de los demonios, y se regocijaba más bien de tenerlos en su vecindario para humillarlos por el poco caso que de ellos hacía.

Cuando se felicitaba de que nadie iba ya á turbar su retiro, habiendo salido por casualidad de su pequeño jardín, se le presentó un hombre paralítico de todo el cuerpo y echado por tierra. Él estaba con Hesyquio, á quien preguntó quien era aquel hombre y como lo habían trasportado allí. El enfermo respondió que él había poseído el campo, de que el pequeño jardín en que él estaba formaba parte ; y el Santo movido de su estado, y por verse obligado á hacer un nuevo milagro se puso á llorar, y le dijo : « En nombre de Nuestro Señor Jesucristo os mando que os levantéis y marchéis. » Apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando el paralítico se encontró libre de todos sus miembros y perfectamente curado. La noticia de este milagro se difundió al momento, y haciendo la necesidad superar todas las dificultades de los caminos, no solo se vió acudir á él multitud de gentes, sino que se puso un cuidado especial para que no se retirara á otra parte, pues se sabía que fácilmente cambiaba de retiro. « No, dice san Jerónimo, por inconstancia y ligereza de espíritu ; mas porque huía los honores y ambicionaba llevar una vida oculta y despreciable á los ojos de los hombres.

Él había llegado á sus ochenta años, y su amado discípulo Hesyquio había ido á hacer un viaje á Palestina. El otro discípulo que se había quedado con él para servirle en su vejez, había muerto también hacía pocos días : Entonces sintiendo el mismo que le quedaba poco tiempo de vida, escribió una corta carta à Hesyquio á manera de testamento, en la cual le decía que le dejaba su libro de los

Evangelios y sus hábitos, que consistían en un sayo ó saco, una cogulla y en un pequeño manto.

Apenas se supo en Paphos que había caído enfermo, cuando un gran número de personas piadosas fueron á visitarlo, porque sabían que había predicho que sería bien pronto librado de los lazos del cuerpo para ir á gozar de Dios. Entre los otros, había una santa dama llamada Constanza, á quien el reconocimiento lo mismo que la devoción la habían conducido allí ; pues el Santo había curado milagrosamente á su yerno y á su hija, viéndolos reunidos al rededor de él, los hizo prometer á todos que enterrarían en el jardín su cuerpo vestido como estaba luego que hubiese espirado, sin guardarlo un solo momento. Entonces quedando fríos todos sus miembros, como estuviera á punto de espirar, teniendo no obstante los ojos abiertos, dijo : « Sal, alma mía, sal, ¿ qué es lo que te detiene ? Hace ya cerca de setenta años que sirves á Jesucristo ¿ y aun temes la muerte ? » Diciendo estas palabras entregó su alma al Criador, y al momento lo enterraron en su pequeño jardín como había recomendado, de manera que en la ciudad se supo tan pronto su sepelio como su muerte. Aunque hubiese ordenado que lo sepultaran con sus vestidos, esto en nada contraría á aquello que había dicho á su discípulo Hesyquio que se los dejaba, pues pronto veremos que los recobró cuando transportó furtivamente sus reliquias á Palestina.

Los Griegos y los Latinos honran la memoria de san Hilarión el 21 de octubre. Sozomeno, que escribía en el siglo quinto, dice que los cristianos de la Palestina celebraban su fiesta con mucha solemnidad y que también honraban á muchos de sus discípulos con culto público¹.

¹ Según Tillemont. san Hilarión nació poco más ó menos en 291. En 306 estudiaba en Alejandría y el mismo año fué á visitar á san Antonio desde donde pasó á Palestina. Murió en 371.